
Francisco López de Villalobos médico real (1473-1549)

ANASTASIO ROJO VEGA *

Francisco López es uno de los médicos de comienzos del siglo XVI más conocidos por los historiadores de la medicina, aunque no tanto por los historiadores generales y de la literatura. Normalmente el estudio de un personaje de esta época suele contemplar dos aspectos fundamentales: su vida y su obra, y generalmente la parte biográfica no pasa de ser un decorado en el que se desarrollan los inventos y hallazgos del héroe. Sea Luis de Mercado, el médico más importante, por lo que significó para la medicina española, de finales del XVI y comienzos del XVII; su obra es muy extensa, su influencia para bien y para mal enorme, pero su vida no deja de parecer gris y monótona, tal como la entendía un profesional digno dedicado en cuerpo y alma a amasar riqueza.

Francisco López es un caso totalmente distinto y único en la historia de la medicina española, con una personalidad que atrae y asombra a cualquiera que se acerque a ella; un hombre que se reía de todo el mundo, sin perdonarse a sí mismo.

Ante todo hay que decir que era judío, y judío reconocido, como se verá más adelante. Su abuelo debió ser militar, pues con ocasión de las medidas tomadas por la villa de Medina de Rioseco en tiempo de las Comunidades —López vivía entonces en la villa como médico de los Almirantes de Castilla—, por las que se obligó a realizar patrullas nocturnas a todos los habitantes de la misma, escribió al Obispo de Palencia: "De mí puedo decir a V. S. que de puro miedo he perdido el sentido, y viene la cosa tal, que ando armado lo más del tiempo. La otra noche, a las dos horas, que andaba la oronda en la ordenanza de un capitán, y porque no le entendí bien cuando me dijo que calase la pica¹, llamóme cabrón. Dije yo: Eso merezco yo, por dejar mi oficio de matar y tomar el vuestro que me maten; cierto a estas trasnochadas ganaba su hacienda el putito de mi abuelo"².

* Profesor titular de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina, c/ Ramón y Cajal, s/n; 47003 Valladolid.

¹ Movimiento de poner la pica en posición de ataque.

² Puede verse L. S. GRANJÉL: "Vida y obra de López de Villalobos", *Trabajos de la Cátedra de Historia de la Medicina*, 1, Salamanca, 1979; Antonio HERNÁNDEZ MOREJÓN, *Historia bibliográfica de la medicina española*, I, Madrid, 1842, 315; *El Siglo Médico*, "Tres cartas de Villalobos", XXXV, Madrid, 1888, 17; José M. LÓPEZ PIÑERO et al., *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, I, Barcelona, 1983, 543-5; Juan M. JIMÉNEZ MUÑOZ, *Médicos y cirujanos en "Quitaciones de Cortes" (1435-1715)*, Valladolid, 1977, 103-4; Pascual IBORRA

El padre de Francisco cambió la lanza por la lanceta³ sin mucho éxito. Profesional oscuro, trabajó durante toda su vida en Villalobos —"habitaba constantemente en su reducida aldea", según el mismo Francisco—, donde nació nuestro personaje en 1473; fiel a su naturaleza, por siempre se le conoció, y se le conoce, como el Doctor Francisco López de Villalobos o, incluso, simplemente como el doctor Villalobos.

El nacimiento tuvo lugar en un momento para los judíos españoles. Comenzaron las grandes persecuciones, ante las que los hebreos tomaron dos soluciones: huir de los reinos de la Corona católica o convertirse al catolicismo y permanecer en ellos; la familia de Francisco, y él mismo, prefirieron la conversión, pasando a formar parte de las nutridas filas de los "marranos".

Torquemada, el famoso inquisidor, creó una estructura inquisitorial muy potente que tenía como principal enemigo al falso convertido, y los "marranos" fueron así la principal pieza de caza del temido Santo Oficio. Aparecer con ropa limpia en sábado o rechazar el cerdo eran causas suficientes como para que los vecinos sospecharan de una familia y para que la maquinaria inquisitorial se pusiese en marcha. Los conversos tomaron el camino de disimular su condición, esperando que el tiempo, que todo lo borra, hiciera olvidar a las gentes su descendencia de una "mala raza".

Todos eligieron el disimulo menos Villalobos, un converso que debió de dejar perpleja a la Inquisición en múltiples ocasiones. Para comenzar, tras unos estudios de medicina que se suponen hechos en Salamanca, rechazó la plácida y escondida vida de su padres y eligió para su ejercicio una ciudad populosa como era Zamora en 1498: "Yo, olvidando el modo de vida y el carácter de mi padre, quise hacerlo, no en la aldea, sino en la ciudad, y no en una qualquiera, sino en lugar populoso".

No debió de ser mal médico, puesto que pronto vemos cómo llama la atención del Duque de Alba, que le ofrece el puesto de médico de su casa, tras la cual se integró en la Corte de los Reyes Católicos. Una vez en ella, le llegó su primera gloria al ser nombrado Médico de Cámara —algo así como de cabecera— de Fernando el Católico, en 1509.

Su entrada en la Corte definió para siempre su fama. Se sospechaba que bastantes de los Médicos Reales tenían origen judío: los Almazán, Guadalupe, Santa Cruz..., pero todos ellos mantenían la boca cerrada, porque no era cuestión de causar revoluciones.

Villalobos mostró rápidamente su estilo, publicando sin remilgos su raza. Una carta al Condestable de Castilla, fechada en 1518, refleja ya no imprudencia, sino desfachatez: "que yo no puedo rogar a V. S. esta maldita naturaleza que saqué de su tierra, y tan sucia que no la he podido lavar con todo el Jordán y el Espíritu Santo encima de él, porque no me vino a mí en figura de paloma, como al

Historia del protomedicato en España (1477-1822), ed. J. Riera, Valladolid, 1987, 199 y 202; José BAUSÁ y Francisco CABRERO, "Estudio clínico del Emperador Carlos I de España y V de Alemania (Sus enfermedades y sus médicos)", *Trabajos de la cátedra de historia crítica de la medicina*, III, (1934), (4-5); "Anastasio Chinchilla, Anales históricos de la Medicina en general y biográfico-bibliográficos de la española en particular". *Historia de la medicina española*, I, Madrid, 1841, 102-34, 355-7; Cesáreo FERNÁNDEZ DURO, *Colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes a la provincia de Zamora o materiales para su historia*, Madrid, 1891, 554-8; Fernando ZUBIRI VIDAL, *La medicina en la época de los Reyes Católicos*, Zaragoza, 1957, 20-1.

³ Pequeña navaja utilizada para hacer sangrías y pequeñas operaciones superficiales.

conde de Haro y a otros semicristianos de su linaje". Otra de sus bromas la puso en verso: "Si el físico⁴ se tomase / para hacer generación / era muy justa razón / que el linaje se mirase; / más para ver los meados / y los humores dañados y examinar los hedores, / mirar los antecesores / son decretos muy sobrados".

Fue un verdadero personaje en la Corte, celebrado tanto por sus conocimientos médicos como por sus gracias. García del Real⁵ cita de una *Vida de San Francisco de Borja* el siguiente comentario sobre él: "el doctor Villalobos, bien conocido por sus donaires y aciertos, pues entretenía los males con su genio salado, otro tanto como los aliviaba con las máximas de Galeno". Tal ambivalencia le proporcionó los favores de Fernando el Católico hasta la muerte del monarca en Madrigalejo en 1516.

La llegada de Carlos V le supuso malos ratos, ya que el emperador confió su salud a un médico extranjero, italiano, llamado Narciso Ponte, causa de la retirada de Villalobos de la Corte y de su traslado a Medina de Rioseco como médico de los Almirantes de Castilla en 1525.

Sin embargo su carácter no pudo resistir la pérdida de protagonismo, y ya en 1526 le vemos a la cabecera de la Reina Isabel de Portugal. Nunca más dejaría la Corte hasta su muerte en 1549. Incluso consiguió que un hijo suyo –hijo de converso y biznieto de judío– fuese nombrado Capellán del Emperador⁶, cosa increíble ante padre de tal ralea; mucho debía agradar a sus pacientes reales para que dieran tal paso frente a los inquisidores.

Y es que Villalobos puede ser considerado el Quevedo de su época, el mayor bufón-médico de todos los tiempos, el gracioso capaz de unas salidas que eran el comentario de los cortesanos durante días, un hombre capaz de tutear a Reyes, Obispos y Nobles, como puede verse en su correspondencia. Podía decir barbaridades que en otro hubieran sonado mal, pero él era Villalobos y sus gruesas bromas eran esperadas por todos.

Desgraciadamente no escribió su vida, ni obra alguna estrictamente literaria; de haberlo hecho es probable que Villalobos fuese hoy considerado una de las grandes figuras de la literatura española de todos los tiempos. El desparpajo que demuestra, en lo poco que nos ha quedado, sobre todo en cartas, sigue suscitando la sonrisa hoy y la suscitará siempre. Sean muestra algunas perlas:

Como médico de Cámara se veía obligado a ir constantemente tras la Corte, de manera que no paraba quieto en casa, para disgusto de su mujer. En una carta a su padre, cuando aún era joven, le escribía: "Marché a mi casa y hallé a mi mujer robusta, llena de vigor y hermosa, esperando sus bodas, y pidiendo no se qué deudas recientes y de posible pago, sino las atrasadas y las futuras, hasta lo imposible", prosigue comentando su incapacidad para cumplir todo lo que de él esperaba su esposa, para terminar diciendo como ésta le espetó "¿No te da vergüenza, miserable zorro, de venir al cabo de casi dos años, y en las primeras horas de la noche hacerte el dormido?".

Del mismo modo, con la desfachatez de siempre por delante, se negó a acompañar a la corte a Alemania con motivo de la coronación de Carlos V. Imagínese

⁴ En tiempos de los Reyes Católicos al médico se le denominaba físico, como conocedor de las cosas naturales.

⁵ Autor de la edición crítica del *Sumario* que manejaremos y citaremos más tarde, en su p. 106.

⁶ Archivo Histórico Provincial de Valladolid, protocolos, leg. 301, fo. 14v.

lo que sería hoy que el médico de Palacio les dijese a los Reyes que no les acompañaba en un viaje porque no le apetecía; Villalobos podía hacerlo porque no suscitaba el enfado, sino la risa, siempre: "Yo no puedo acabar conmigo de ser alemán, porque ni Dios me hizo para aquel fin cuando me ponía la color, ni me parió para eso mi madre. Si España no basta para sustentarme, bastará la misericordia de Dios; es muy corta la vida para poner sobre ella tan gran jornada, y es muy ruín mercadería curar calenturas donde no hay sino nieves y la mar cuajada".

No menos graciosa es la carta que escribió al Duque de Nájera, contando las preocupaciones que por él tenía la señora Duquesa, en 1535: "Doña Catalina me preguntó mucho qué mal tenía V. S., y yo le dije que todo era en las partes zagueiras y que todo lo delantero estaba bueno".

Uno de sus hijos –se casó hasta tres veces a pesar de estar en contra de la boda de viejos con mujeres jóvenes⁷– se marchó de casa y no se supo de él por años, hasta que volvió como el hijo pródigo. Villalobos describe así su encuentro con él: "Yo no le pude conocer porque con la mala vida viene muy corcovado, que no lo solía ser, y tan negro como un etíope y en ésto me parece moro; y trae la espada anecha. Digo: Caya León, y en ésto me parece cristianillo, y trae las calzas todas rotas por el culo, y en ésto parece puto, y trae la barba muy negra y muy sucia, y en ésto parece cabrón, y con la hambre que trae parece perro, y tiene un dedo de la mano quemado, y viene muy necio; así que sobre todos los otros títulos es también Scévola⁸ y es Bruto⁹".

Una última gracia suya amalgama el descaro ante el origen judío, la autocrítica como médico –los que ganan dinero por matar a otros–, y la inacabable capacidad de crear situaciones cómicas. En este caso es algo que se cuenta de él, como de Quevedo, pero que no podemos asegurar sea cierto: "El doctor Villalobos, estando la Corte en Toledo, entró un día en una iglesia a oír misa, y púsose a rezar en un altar de la Quinta Angustia, y a la sazón que él estaba rezando pasó junto a él una señora de Toledo que se llamaba Ana de Castilla, y como le vio, comienza a decir: –Quítame de cabe ese judío que mató a mi marido, porque le había curado de una enfermedad de la cual murió. Un mozo llegóse al doctor Villalobos muy deprisa y díjole: –Señor, por amor de Dios, que vayáis, que está mi padre muy malo, a verle. Respondió el doctor Villalobos: –Hermano ¿vos no véis aquella que va allí vituperándome y llamándome judío porque maté a su marido; y señalando el altar de la Virgen: –ésta que está aquí está llorando y cabizbaja, porque dice que le mató a su hijo; y queréis vos que vaya ahora a matar a vuestro padre?".

En definitiva, Francisco López de Villalobos fue un personaje muy conocido en su tiempo, uno de los poquísimos casos que podemos encontrar de judío reconocido, que frente a la Inquisición opone no el disimulo, sino la broma. El Santo Oficio era experto en desenmascarar a los judíos ocultos, pero no estaba prepara-

⁷ Aunque explicó a sus amistades, para justificar que el médico hiciese justo lo contrario de lo que recomendaba a sus pacientes, "y lo que dicen que la mujer moza acarrea la muerte del hombre viejo, yo hallo, por mi propia experiencia, que no saben lo que dicen, porque la moza no hace daño sino al mozo, porque quiere y puede; al viejo no le puede dañar, porque no quiere y menos puede".

⁸ Gayo Mucio Escévola es el famoso romano que metió su mano derecha en el fuego cuando no pudo matar a Porsena, rey de Clusio. Villalobos debe referirse a la mano quemada de su hijo.

⁹ No sabemos si se refiere a Marco Julio Bruto, el asesino de César, o utiliza ya el calificativo de "bruto" a la manera moderna.

do para enfrentarse a judíos tan descarados. Villalobos se permitió chanzas como la escrita al Duque de Nájera en 1532 o principios de 1533: "perdóneme mi señor el Inquisidor Mayor si le hago polvo, que otro día me hará él a mí humo". Villalobos fue un hombre inusual, que comprendió que de su gracia podía obtener un favor Real suficiente como para verse protegido de cualquier enemigo, y explotó sus cualidades hasta el extremo de colocar a un hijo suyo —una de sus mejores bromas— como Capellán de Carlos V.

1. OBRA

La obra de Francisco López de Villalobos es diversa en idiomas y contenidos. Escrita por mitad en latín y en castellano, lo que indica una aproximación a esquemas renacentistas, comprende obras de medicina y traducciones de clásicos, lo que le sitúa entre los primeros medios humanistas castellanos. Son el *Sumario de la medicina con un tratado sobre las pestíferas bubas*, Salamanca, 1498; *Congressiones: vel duodecim principiorum liber nuper editus*, Salamanca, Liondedey, 1514; *Glossa literalis in Primum et Secundum naturalis historiae libros*, Alcalá, Eguía, 1524; y *Libro intitulado los problemas que tracta de cuerpos naturales y morales*, Zamora, Picardo, 1543, el cual incluye la *Comedia de Amphitrion*, traducción de Plauto.

La valoración que se ha hecho en sus obras es asimismo diferente. El Sumario¹⁰ es considerado como un resumen del *Canon* de Avicena puesto en verso, una obra anticuada que Villalobos escribió a los veinticinco años, cuando aún ejercía en Zamora y que podría ser mirada como un entretenimiento hecho para memorizar con más facilidad las pautas a seguir ante las enfermedades más frecuentes de su tiempo. En cambio el tratado sobre las *bubas* —sífilis— que le acompaña es el segundo texto español sobre el tema y uno de los primeros europeos al decir de López Piñero¹¹; es un texto muy valorado desde el punto de vista de la historia de la ciencia. Las *Congressiones* son otra muestra más del apego de Villalobos a la medicina medieval arábiga.

El libro sobre Historia Natural le supuso una severa crítica de su coetáneo el Comendador Griego, máxima autoridad del humanismo salmantino de la época, y la comedia de Anfitrion no ha recibido mejores críticas de antiguos y modernos. En cuanto a *Los Problemas*, apenas nadie se ha ocupado de ellos, por entenderse absolutamente imbuidos de un aristotelismo escolástico trasnochado. En lo que hace a difusión, sus trabajos más conocidos son el *Sumario*, el *Tratado de las bubas*, y el libro de *Los Problemas*, que conoció al menos cuatro ediciones: Zamora, 1543; Zaragoza, 1544; Sevilla, 1550 y Sevilla 1570¹².

¹⁰ Existen dos ediciones fáciles de conseguir, la de Eduardo García del Real, en la Biblioteca clásica de la medicina española, XV, Madrid, 1948; y la de María Teresa Herrera, Instituto de historia de la medicina española, Salamanca, 1973.

¹¹ *Diccionario...*, o.c., 544.

¹² José M. LÓPEZ PIÑERO et al., *Los impresos científicos españoles de los siglos XV y XVI*, II-III, Valencia, 1984, 165-7.

1.a. *El sumario de la medicina*

Esta obra de Villalobos es una de las menos apreciadas por la crítica actual. Evidentemente no es mucho lo que aporta de original. Escrita en verso, según costumbre de la época y para facilitar la memorización por los médicos noveles, sigue las pautas de la medicina antigua, ocupándose de las enfermedades en un orden que comienza por la cabeza y acaba en los pies; ello tiene su origen en el hecho de que el hombre es animal erecto y era considerado medida y resumen de todo el cosmos.

Toda la fisiología humana se entendía, desde los tiempos de la medicina griega, como ligada a tres "cámaras" o espacios internos diferentes: superior dominada por el cerebro, que controlaba el movimiento y la sensibilidad en los animales y la racionalidad en los hombres; media, regida por el corazón, que daba calor al organismo; e inferior, o del hígado, encargada de la alimentación básicamente¹³. El hombre estaba formado por los cuatro elementos de Empédocles de Agrigento –agua, fuego, tierra y aire– que mezclados daban de sí cuatro humores: sangre, flema, moco o pituita; bilis negra o melancolía; y bilis amarilla o cólera. Según ellos el hombre podía ser de temperamento sanguíneo, flemático, melancólico o colérico, y según ellos el médico debía saber la causa de enfermedad y la terapéutica a emplear.

Un médico como Villalobos tenía en cuenta, por encima de todo, que no existían enfermedades, sino enfermos –pensamiento de Hipócrates–, y que su misión era estudiar los desarreglos de humores y espíritus¹⁴. Ante el enfermo tomaba el pulso, veía sus heces y orina, aplicaba la palma de la mano sobre el corazón para tomar la temperatura y ponía la oreja sobre el pecho para oír los latidos del corazón.

Gracias al pulso y a la orina, sobre todo, obtenía el diagnóstico y, tras él, dictaba la terapéutica más aconsejable, que tenía en cuenta sobre todas las cosas la restauración de las fuerzas del paciente. El médico tenía cuidado ante todo de aumentar las fuerzas del paciente, utilizando ampliamente los caldos de gallina gorda, y a continuación pasaba a lo que podemos denominar verdadera terapéutica científica. Claro, que la "verdadera terapéutica científica" quitaba más fuerzas al paciente de las que le proporcionaban con los caldos, ya que las sangrías y las purgas debilitaban a los enfermos de una forma extraordinaria.

No es cuestión de hablar de la medicina de la época, ya que nos estamos ciñendo a un médico concreto, pero ésta es la medicina en la que creyó y la que practicó Villalobos.

Villalobos es un médico que cree fervientemente en una medicina heredada de Hipócrates, Galeno, los árabes y los cristianos de la Edad Media. Nada del *Sumario* nos hace pensar en alguien siquiera con ánimo de protesta o cambio. Comienza con las enfermedades de la cabeza y las tales son las de siempre desde siglos, las debidas a humores y cualidades: cerebro caliente, cerebro frío, cerebro con humor, apostema¹⁵ frío del cerebro, soda¹⁶, hemicránea, frenesí, etc.

¹³ El alimento del cuerpo era la sangre, elaborada por el hígado y consumida por los miembros.

¹⁴ Sustancia sutiles e indeterminadas que "vitalizaban" al organismo: el natural era la sangre procedente del hígado, que alimentaba; el vital, el nacido del ventrículo izquierdo, que llevaba calor y humedad; y el animal el surgido del cerebro para dar sensibilidad y motricidad a todo el organismo.

¹⁵ Colección de pus por cualquier causa.

¹⁶ Dolor de cabeza por cualidad mala o exceso de sangre. *o.c.* 240.

Como ejemplo de lo que era un médico de entonces y de lo que era como médico totalmente integrado en la medicina académica, Villalobos, podemos traer a colación lo que escribió sobre el romadizo, hoy conocido como catarro.

"La reuma o catarro es un fluxo de humor / que a nuestras narices de arriba descende". La definición de catarro del autor es la que aprendió en la Facultad de Salamanca y que asegura que los mocos que salen por la nariz son una secreción del cerebro paciente, ya que el cerebro se consideraba, entre otras cosas, una glándula responsable de la fabricación del moco o flema: "por flaco cerebro que atrae el vapor / y algunas materias que bien no dispende". Naturalmente, al estar como está inmerso en una patología humoral, las causas del padecimiento del cerebro están ligadas a humores cálidos o fríos, de los que depende su sintomatología y que nos van a señalar diagnósticos y medidas terapéuticas: "cuando es de humor cálido, siente amargura / y ardor en la frente y en eso que sale; / y si es de humor frío, frialdad y espesura / está en el humor, y graveza en natura, /y dáñale el frío, el calor más le vale".

La terapéutica ofrecida por el zamorano no difiere de la usual, ya que como se ha dicho es una obra de juventud, más un resumen de la medicina estudiada que una verdadera obra de reflexión. Por otro lado debe tenerse en cuenta, también, que el tratamiento farmacológico de la época recurría a múltiples productos en cada caso. En el del catarro por causa cálida (exceso de cólera) tenemos recomendado el jarabe de papáver¹⁷, sangría de la vena cefálica, que pese a su nombre estaba en el brazo, zumo de rosas como purgante suave, cataplasma de hojas de saice, nenúfar y flores de violeta, y un trago de agua templada antes de irse a dormir. Cuando el catarro es por causa fría (exceso de flema) píldoras áureas¹⁸ y tríaca¹⁹, aparte de gargarismos, estornutatorios, tabletas y sahumeros con sustancias que Villalobos no especifica. Desde luego, la del XVI era una medicina compleja, que en ocasiones más prolongaba que curaba la enfermedad por su tendencia a abusar de sangrías y purgas.

1.b. *El tratado sobre las pestíferas bubas*

Es, sin duda, la obra más famosa, en la actualidad, de Francisco López de Villalobos.

La sífilis, llamada primeramente "morbo gálico" y que recibió su nombre actual del médico italiano Girolamo Fracastoro, es una enfermedad desconocida en Europa hasta 1493; desde ese momento surgen dos teorías distintas sobre su

¹⁷ Adormidera blanca.

¹⁸ Llamadas "de Nicolao", eran el purgante de la cabeza por excelencia.

¹⁹ Ningún medicamento puede hacer ver mejor que la tríaca la tendencia a la polifarmacia de la medicina antigua. Estaba compuesto por: corteza de raíz de dictamo blanco, víboras sin cabeza y piel, ópio, pimienta larga, escila, canela, semilla de nabo, agárico blanco, extracto de regaliz, rosas rojas, rizoma de lirio de Florencia, escordio, azafrán, mirra, cardamomo menor, vetiver, hojas de laurel, dictamo crético, flores de cantueso, incienso, marrubio, pimienta blanca, pimienta negra, raíz de énula, jengibre, rizoma de potentila, ruibarbo, flores de calaminta, ácoro, perejil, semillas de hinojo, raíz de valeriana, benjuí, goma arábica, frutos de enebro, flores de poleo, raíz de genciana, raíz de apio, gálbano, semillas de anís, flores de camedrios, flores de camepiteos, flores de hipericón, bolo arménico, extracto de algarrobas, hipocístico, asfalto, castóreo, asafétida, opopónaco, raíz de serpentaria, flores de centaurea menor, almáciga, tragacanto, álao, maro cortuso, raíz de ásaro, flores de costo, flores de mejorana y yemas de pino.

origen, iniciándose una polémica que aún no se ha resuelto: la primera de tales teorías defiende que existía ya en Europa con anterioridad, pero que se metamorfosó en dicha fecha. La segunda ha defendido y defiende su importancia de América por los marineros que acompañaron a Colón.

Los españoles figuran entre los primeros en escribir sobre dicha enfermedad, siendo el primero a nivel peninsular el valenciano Gaspar Torrella con su *Tractatus cum consiliis contra pudendam seu morbum gallicum* (1497) y el segundo, precisamente, Francisco López de Villalobos (1498). Pero si consideramos al libro por su lugar de impresión, el primero a nivel hispano es el de Villalobos, impreso en Salamanca, ya que el de Torrella lo fue en Roma cuando era médico del Papa Alejandro VI. Desde este punto de vista, de médico que trabajó en España y publicó su obra en ella, la de Villalobos es la primera sobre la sífilis, y también la primera en castellano, sin discusión.

Nuestro personaje achaca la epidemia a un castigo divino por los muchos pecados de la humanidad que está entrando en el Renacimiento²⁰, y así habla "en persona de Dios": "Pues vos no quereis pelear / Contra infieles, porque es mi servicio, / y aquellas potencias que yo os quise dar / Quereislas ilícitamente usurpar, / Extirpando la Iglesia y dañando su oficio, / El ángel os quiere enviar percuciente / Que en estas potencias os manque y os hiera, / Que brazo, ni pierna, ni miembro moviente / Os deje que en armas no sea impotente, / Con crudos dolores, de mala manera". Dios, que ha hablado. Enojado con sus súbditos humanos ha enviado a un ángel a sembrar una plaga sobre la tierra al modo de las de Egipto, donde "Dios quiso matar a los mayorazgos de sus enemigos".

A continuación expone la opinión de los teólogos, que la achacan al pecado de lujuria; la de los astrólogos, que la hacen nacer de una conjunción de Saturno y Marte, y la de los físicos, o médicos, que ven su última causa en una abundancia de humor melancólico y flema salada²¹. Finalmente da su propia opinión como profesional, bautizándola con un nombre –"sarna egipciaca"– que obviamente no logró éxito.

Para Villalobos la sífilis surgió por una serie de causas. Unas las denomina universales: una mala impresión celeste en el aire, que quedó infectado; otras inferiores: comer ajos, cebolla, pescado, cecina, legumbre, exceso de coito, grandes comilonas y borracheras, ira, furor y poco placer. También existen otras causas "antecedentes y conjuntas": gran cantidad de humores adustos y flema salada en hígado y venas.

Más interesante que la definición de la sífilis del zamorano, que no acierta mucho con ella, es su descripción del curso de la enfermedad cuando ésta acababa de aparecer y cuando la humanidad aún no había desarrollado defensas contra ella. Uno de los principales problemas de la Historia de la Medicina es el estudio de las enfermedades antiguas, ya que la enfermedad no permanece igual en el tiempo. La enfermedad es como un ser vivo que nace en un momento determinado, causa mayor o menor mortalidad y después, progresivamente, se va diluyendo conforme los humanos desarrollan resistencias contra ella. Esto es una constante

²⁰ Si pensamos en lo que se ha dicho sobre el SIDA, podremos imaginarnos lo que se dijo en su tiempo sobre el sífilis, con las lógicas diferencias ligadas al tiempo.

²¹ Según Gregorio LÓPEZ, *El tesoro de medicinas*, ed. Francisco Guerra, Madrid, Cultura Hispánica, 1982; p. 240, define la "flema salada" como enfermedad del cuerpo fea y enfadosa, las más de las veces en las palmas de las manos, algunas veces en las plantas de los pies.

de la Naturaleza y explica lo que en sus momentos fueron la lepra, extendidísima en Europa en la Edad Media, la peste negra y tantos otros procesos infecciosos.

Hoy día la sífilis cursa por un denominado *periodo primario*, caracterizado por la aparición de un chancro de inoculación a los 18-25 días del coito, al que sigue, a las 8-12 semanas, el *período secundario*, representado por la aparición de manchas rosadas o cobrizas en la piel, una serie de pequeños granos del tamaño de una cabeza alfiler hasta una lenteja, y a veces pústulas y úlceras. A nivel general destacan cansancio, adelgazamiento, pérdida de la memoria, nerviosismo, palidez y pérdida del cabello. La *sífilis terciaria* surge después, caracterizándose, entre otras cosas, por la presencia de "gomas".

Villalobos es un testigo excepcional del comienzo de la epidemia y se nos muestra, en este caso, como un observador fino, alejado de las estériles disquisiciones que nos ofrece al tratar de la definición.

Como primera señal de la enfermedad refiere una "buba o llaguita" sin dolor y dura; es decir lo que hoy conocemos por chancro. Hoy también comienza así, como se ha visto, pero si hemos de creer a Villalobos, la gran diferencia de la sífilis de entonces estaba en que no había que esperar 18-25 días para esperar la *sífilis secundarias*, y los afectados aparecían inmediatamente con espaldas cargadas, insomnio, pereza, vista turbada y color negruzco de párpados y labios. También, sin apenas espera, surgían manifestaciones espectaculares de distinto tipo, dependiendo del paciente.

Villalobos nos da una descripción del cuadro general y cuatro formas diferentes de cursar.

El cuadro general comprendía postillas negras en el cuerpo, terribles dolores de las articulaciones y aparición de bultos en la cabeza y la frente.

Las cuatro formas diferentes sobre el cuadro general eran:

1. Quemazón en palmas de las manos y plantas del pie, que están de color rojo, picores, enrojecimiento general, calor de la frente, dolor de espaldas y cansancio.
2. Rostro cargado de pústulas, costras ardientes de palmas y pies, postillas cetrinas y grandes picores.
3. Grandes postillas hendidas y ásperas con gran quemazón, color plomizo de la piel y cabeza y pecho cargados.
4. Postillas grandes sin quemazón, enflaquecimiento y tristeza con "ansias llorosas".

Como se ve, la sífilis de 1498 era como la de hoy, pero con una gran diferencia: no existían períodos separados por espacios de tiempo más o menos prolongados, sino que todos se sucedían entonces de forma aguda; las manifestaciones que hoy surgen años después de la infección, aparecían entonces en breve tiempo. Pero es que además –no lo dice Villalobos– la sífilis primitiva producía frecuentemente gangrena en los miembros distales, como el pene, que debían ser amputados por los cirujanos. Se trataba claramente de una enfermedad nueva, por su curso rápido, diferente de la de hoy, cuando ya es enfermedad vieja, cuyo curso se ha cronificado.

Villalobos, como todos los médicos contemporáneos, se vieron ante un problema inédito. La enfermedad era nueva, por lo tanto no cabía buscar en los libros de Hipócrates, Galeno o Avicena su curación; cada cual tenía que ingeniárselas por su cuenta, hasta que alguien de reconocida autoridad propusiese el método universal.

En tiempos de Villalobos todavía nadie había dado con tal método universal, razón por la cual el zamorano ofrece el suyo propio: sangrías, jarabes, clísteres, purgantes suaves²², unguentos para las manifestaciones cutáneas, emplastos para los dolores de las juntas, triaca, baños y dieta. Podríamos decir que Villalobos recurre a dar de todo, esperando que alguna de las cosas recomendadas devuelva la salud al enfermo. El amontonamiento de recomendaciones es una de sus características; debió ser un médico bastante caro, no sólo por sus honorarios, sino por sus recomendaciones al enfermo; véase si no la dieta que aconseja al buboso: que coma gallina, cabrito y ternera, faisanes, perdices y tórtolas buenas, yemas de huevo, peces pequeños de río, truchas y vino aguado.

Puede concluirse que Villalobos es principalmente conocido por su tratado sobre la sífilis, pero que sin embargo su libro no está muy acertado, siendo lo mejor de todo la descripción de la enfermedad en su tiempo.

1.c. *Los problemas*

Curiosamente apenas ha llamado la atención de nadie la que para nosotros es su mejor obra, y la que así fue considerada por sus contemporáneos, como lo demuestran sus cuatro sucesivas ediciones: el *Libro intitulado Los problemas de Villalobos*, que vio la luz por primera vez en Zamora, en las prensas de Juan Picardo en 1543. La edición fue consteada por Juan Pedro Musseti, un librero de origen italiano asentado en la próspera Medina del Campo y uno de los primeros grandes librerías castellanos del XVI.

La falta de interés por *Los Problemas* puede tener que ver con su mismo título, ya que por él nadie sabe donde situar el libro. Los catálogos que recogen obras científicas no lo consideran como tal, pensando que tiene más que ver con la literatura que con la medicina; los historiadores de la literatura llegan a él atraídos por la *Comedia de Amphutrion* que incorpora, pero a la comedia la encuentran poco interesante y al resto del libro demasiado médico y científico. Si hoy día se reeditase en facsímil dicho libro, a la vista de los catálogos serían muy pocos los interesados en él, al no entender qué es eso de los "problemas" y de qué van.

Pese a todo y como hemos dicho, en nuestra particular opinión, es uno de los libros más interesantes de comienzos de la primera mitad del XVI, tanto desde el punto de vista de la historia de la medicina como desde el punto de vista de la historia de la literatura. "El diálogo que pasó entre el Doctor y el Duque"²³ es una descripción maravillosa de cómo el médico de entonces ejercía la medicina; y además su gracia y su lenguaje son comparables a los del *Buscón*.

El libro es en realidad una *Silva*, o colección de narraciones de contenido diverso y desordenadas.

Comienza con una serie de "capítulos"²⁴ dedicados al Cosmos y a la Naturaleza, al Sol, al Venus, a Mercurio, a la Luna, los cuatro elementos, al fuego, aire,

²² Los denomina "minorativos".

²³ Hemos utilizado la edición de Zaragoza, 1544, que se conserva en la Biblioteca de Santa Cruz, de la Universidad de Valladolid, nº 9.366. El diálogo del Duque comienza en el folio XXXV.

²⁴ En realidad son escritos breves desarrollados tras una poesía, como por ejemplo la que antecede a las consideraciones sobre el médico doliente:

tierra y agua, por los que el que abre el libro puede pensar que se halla ante libro científico. Pero después pasa a dar sus ideas sobre el paraíso terrenal y el diablo, por lo que podría pensarse en un contenido religioso.

No para todo aquí. Siguen unos interesantísimos –para conocer la vida cotidiana de la Castilla del XVI– capítulos dedicados a príncipes, soldados, a los que huyen en la batalla, a los grandes señores, a las damas, a los caballeros, a los prelados, a los religiosos, a los abogados, a los viejos pleiteantes, a los viejos que se casan, a las viejas que se maquillan, a las viejas regaladas, al temor a la muerte, a los lutos, a los médicos –dolientes, vanagloriosos y que quieren ganar honra con los otros–, a los que presumen mucho, a los labradores, acemileros, aguadores, banqueros, avarientos, a los que no se contentan con lo que tienen... al juez carnicero, etc. Es un retrato inigualable de la sociedad española, que no puede ser ignorado por nadie que se dedique a la historia del siglo XVI.

En el estilo de "silva" que le hemos adjudicado sigue luego un revoltijo de temas: un diálogo de las fiebres interpoladas, otro del calor natural, una carta del arzobispo de Santiago, el diálogo con el Duque, un tratado de las tres grandes –la gran parlería, la gran porfía y la gran risa–, una canción con su glosa sobre la muerte, otros tantos diferentes, y la citada *Comedia de Anphytrion*, traducción de Plauto, situada entre "una carta de un padre colegial del colegio de Sant Gregorio [de Valladolid]" y "del amor engeneral".

El libro acaba con una serie de capítulos sobre el amor: del amor en general, cómo el amante se transforma en cosa amada, de la división del amor, de la gran perdición del amante vicioso, cómo el amante se torna de naturaleza de bestia, cómo el amador es loco de atar, de los celos, cómo el celoso es loco de artemayor y del muy excelente y soberano amor; y Villalobos elige para concluir su obra "una recomendación en favor de las mugeres".

Aparte de ser la obra que nos da la mayor parte de las noticias biográficas del autor, es obra que, siempre insistiendo en que es una opinión personal, ha pasado injustamente desapercibida hasta ahora, probablemente por su carácter misceláneo, pero que es fundamental para los historiadores del XVI. Garantizamos su gracejo y frescura.

2. LÓPEZ DE VILLALOBOS, HOMBRE , MÉDICO Y ESCRITOR

Tres facetas muy diferentes destacan en Villalobos. En primer lugar fue un hombre tan famoso en su tiempo como hoy no podemos imaginarnos. Fue el burión de su tiempo, capaz de burlarse hasta del Santo Oficio de la Inquisición, reconociendo su origen judío cuando todos sus hermanos de raza trataban de ocultarlo. Un carácter cuyas salidas y ocurrencias corrían de boca en boca y eran esperadas.

Porque el físico doliente
de el mal que en sí nunca sana:
promete de buena gana
la salud a otro paciente:
Mándale al triste que coma
lo que él no quiere tragar:
y las purgas que él no toma:
al otro manda tomar

Había expectación en conocer lo próximo que se le iba a ocurrir. Era un médico-bufón, como se recoge en el diálogo del Duque, cuando éste le dice al zamorano que es el mejor médico de Castilla "porque toda la física [medicina] es [cosa de] burla, y como vos [Villalpando] soys el mayor burlador de Castilla: de esta manera soys el mayor físico".

Como médico fue antaño famoso por ser el médico de cabecera de Fernando el Católico y de Carlos V, y hoy por haber sido el segundo hispano en escribir sobre la nueva enfermedad que entonces era la sífilis. Teniendo en cuenta que Gaspar Torrella era médico en Roma y que escribió su libro en latín y lo editó en la ciudad italiana, puede considerársele realmente como el primer médico que imprimió un libro sobre la sífilis en España y en lengua castellana.

Finalmente defendemos su inclusión entre los escritores más interesantes de la época. Merece la pena dejar a un lado, de una vez, la *Comedia de Anphytrion*, y leer páginas como las del "diálogo con el Duque". No somos especialistas en literatura, pero nos resulta comparable a lo que fue Quevedo años después. Como éste fue un hombre admirado por su gracia, sus escritos circularon de mano en mano, sin que nunca sepamos cuántos escribió realmente. La carta del Arzobispo de Santiago, Alonso de Fonseca, muestra claramente la circulación de manuscritos suyos. Don Alonso escribe que un tal Don Gómez le enseñó un diálogo que el zamorano había escrito sobre la excelencia de la lengua castellana, que le dejó admirado, y pide una copia del mismo para disfrutar de él²⁵.

Por todo lo anterior puede asegurarse que fue uno de los zamoranos más famosos del siglo XVI y que bien merece seguir siendo recordado hoy.

²⁵ O. c., folio XXXIV verso.